

## VANIDADES ESPECIALES

La conmoción producida por la reciente declaración de González denunciando la falta de voluntad constituyente de Adolfo Suárez, denota la fragilidad de un sistema de poder basado en una mentira



poderosos. En este ambiente es natural que se desencadene una lucha de vanidades por ocupar el primer lugar en el espejo «ranking» de las fechorías políticas. Y desde luego faltaba a F. González, entre tantos trofeos con-

fundacional. La porfía por atribuirse la iniciativa de lo que a todas luces sólo puede ser una vil fechoría, pone de relieve la falsedad moral de los valores de la transición. La mentira no se transforma en verdad, por mucho que se repita, ni la consagración pública hace decorosa una indecencia, por mucho que se la alabe. La Constitución proviene de una solemne mentira y de una cínica indecencia. La mentira de que la redactó y aprobó una Asamblea Constituyente. La indecencia de que fue creada por la libertad para instaurar la democracia. González ha denunciado la mentira para poder atribuirse la paternidad de la indecencia. Las huestes de Suárez reaccionan como un sólo hombre en defensa del ofendido honor de protagonista de aquella «malhechoría» política. Lucha, pues, de vanidades especiales entre villanos de lo público.

Quienes hablan de Cortes Constituyentes mientan a sabiendas. La verdad es la verdad, aunque la diga González. Aquellas Cortes legislativas, un poder constituido con las leyes de la dictadura, no se hicieron Constituyentes por el hecho de que aprobasen una Constitución. No podían serlo sin previas elecciones a diputados constituyentes, y sin libertad constituyente de los electores. Éstos no tuvieron libertad de constituir la forma de Estado y de gobierno. Los poderes públicos se le impusieron ya constituidos. Monarquía, Autonomías, Estado de partidos, Gobierno parlamentario y libertades otorgadas. La Constitución, redactada en secreto por una comisión a las órdenes literales de los jefes de partido, no podía ser fruto de la libertad política ni del movimiento hacia la democracia. La Constitución se dictó de forma ilegal por los partidos del consenso, para frenar en seco las aspiraciones a la democracia política. En su lugar se estableció la oligarquía partidista que detenía el poder constituyente. La Constitución no dio el poder a los partidos. Fueron éstos los que dieron el poder de la legalidad a la Constitución. Y ésta fue su indecencia política. Hicieron una Constitución para ellos, para legalizar el poder del que previamente se habían apoderado.

Poco importa quién fuera el impulsor de este engaño al pueblo y este crimen contra la democracia y la verdad. A diferencia de lo que sucede con el orgullo, que es una pasión immanente a la vida del espíritu y que no afecta a personas como Suárez o González, la vanidad traduce el orden de jerarquía de los valores en el círculo social donde se manifiesta la presunción del vanidoso. Si fuera verdad la honrada y leal resistencia inicial de Suárez a violar las leyes de la dictadura que lo encumbraron, y que hoy merece el menosprecio de González, eso sólo demostraría que éste fue el corruptor de aquél, que ambos eran capaces desde entonces de inmoralidad pública y de doblez personal, y que toda la clase dirigente y todo el mundo editorial de la transición ponen en el pináculo de los valores sociales a la mentira oficial y a la indecencia política de los

quistados con crímenes de Estado y de Partido, el honor de haber doblegado y corrompido la voluntad legalista de Suárez, arrastrándolo a la ilegalidad de dictar una Constitución oligárquica de Partidos, en las últimas Cortes legislativas del franquismo. Dostoievski llamó «vanidades especiales» a las ostentaciones, que a veces hacen las buenas reputaciones, de haber cometido inmoralidades. Los delinquentes comunes no presumen entre ellos de sus delitos.

Antonio GARCÍA TREVIANO

## DE NUEVO EL HORROR

De nuevo la rabia porque faltan calificativos, porque todos han sido escritos y pronunciados mil veces, y ninguna palabra sirve ya para expresar lo que se siente al conocer que Eta ha vuelto a asesinar para demostrar que existe y que no se apea de sus reivindicaciones inadmisibles. Son inadmisibles no solamente porque van contra la Constitución y contra lo que defiende una inmensidad de españoles, vascos y no vascos. Son inadmisibles sobre todo porque Eta quiere imponerlas por la fuerza, con goma 2, secuestros, coacciones, amenazas y tiros por la espalda, como ha ocurrido con Jesús María Pedrosa, cuyo único «pecado» era ser vasco, ser demócrata, y no sentir miedo para presentarse en una lista del PP.

De nuevo la rabia porque faltan calificativos que expresen la repulsa, la condena, el desánimo y la necesidad de transmitir la idea de que no se puede tirar la toalla frente a los asesinos. Y que, aunque nos golpeen con fuerza, no se puede ceder ni un milímetro. No tienen la razón, aunque sí las armas; ni siquiera tienen el respaldo de la mayoría, aunque los que les apoyan gritan fuerte, jalean a los terroristas y tratan de imponer su criterio en las calles lanzando

## DESMITIFIQUEMOS LA TRANSICIÓN

Está a la vista el revuelo que las declaraciones de Felipe González al semanario mexicano «Proceso» han suscitado. Y la multitud de reacciones que muestran la inmadurez de nuestra situación política. Dominada por el personalísimo, frente al análisis abierto y clarificador de las fuerzas que, más allá de los protagonistas oficiales, han jugado en el escenario político de la transición. Un personalismo, además, cargado de susceptibilidad. Ate- nazado por tabúes y mitificaciones que cierran la profundización en la gestación, límites y características de nuestra actual democracia.

Intenemos, ante esta crispación, un mínimo de racionalidad. En primer lugar, no constituye una ofensa precisar la visión, los proyectos y la acción de una figura política. A no



ser que entremos en el irracional mundo de lo intocable. Que Adolfo Suárez abordara la transición proyectando la promulgación de una Constitución, o bien reduciéndola a una reforma aperturista del sistema autocrático, es

una cuestión que se puede discutir. Y quienes no estén de acuerdo con las afirmaciones de González al respecto se encuentran en su legítimo derecho de alegar y contraargumentar, pero resulta grotesco rasgarse las vestiduras, como si se hubiere profanado un santo altar. En segundo lugar, si queremos entender y juzgar nuestra reciente historia, se impone transcender no sólo las polémicas personales, sino arrancar la imagen histórica de la transición al personalismo con que manipuladoramente ha sido y es presentada, convirtiendo la actual democracia en un regalo otorgado a España, por generosos patriarcas del poder. A los cuales deberemos inciensar por los siglos de los siglos. Si entendemos este «escándalo» como una rivalidad por el protagonismo, y proseguimos en tal disputa, no hemos salido de la trampa montada sobre la transición. Una imagen, según la cual, la historia la hacen, casi a su arbitrio, un puñado de privilegiados.

¿Dónde quedan las largas luchas de tantas mujeres y hombres de nuestro país? ¿Y las incasantes manifestaciones de los últimos años de la dictadura, de la época de Arias Navarro, de los principios del poder de Suárez? E incluso, después, las protagonizadas y organizadas por los movimientos feministas, reclamando el divorcio y el derecho al aborto. Sin duda, sin esta presión y las importantes votaciones obtenidas por la izquierda, las cosas hubieran ido por muy distintos caminos.

Pero no se trata de reivindicar el protagonismo popular que no recibió la democracia, sino que la conquistó, aunque para muchos no era la que ambicionaban. Un muy somero análisis de la transición nos muestra el juego de diversas fuerzas. Y una trayectoria que, como en el paralelogramo de Engels, es la resultante de la acción conjunta de sus vectores. La tensión máxima se daba entre una izquierda que contaba con los sectores más vivos en la cultura, en la Universidad, en el campo sindical, propugnadora de un programa rupturista, con el ideal de una república federal y socialista y, de otra parte, los franquistas social Franco, pero confiados en un Ejército, depositario de su herencia. Entre ambos extremos se abrió un amplio espectro de posiciones en que la voluntad de democracia y modernización era mayoritaria. Pero la intervención exterior en aquel mundo de bloques, hoy globalizado, no puede ser olvidada. Correspondió a la Administración de los EE UU y la CIA, así como a la socialdemocracia alemana. Para los EE UU, de contar, en su ámbito, con un país de democracia formal, pero sumiso a sus intereses. En este fluido medio, las figuras oficiales de la transición navegaron más atentas a adivinar las corrientes propicias que a seguir un norte programático. El resultado fue la transición democrática, tan alabada por los dueños del mundo y esta democracia inmensamente más habitable que la dictadura, pero lamentablemente integrada en las injusticias y mediocridades del mundo actual...

Carlos PARÍS

